

**NATALIE JAYNE CLARK**

**ESTE  
WHISKY  
ESTÁ DE  
MUERTE**

**Dos mujeres. Dos cadáveres.  
Una sola destilería**

*Traducción de:*  
**CRISTINA ZUIL GONZÁLEZ**



**MAEVA | NOIR**

# 1

## Eilidh

2023

MI MUJER Y yo encontramos el primer cadáver dentro de la segunda barrica de whisky que probamos.

Lo primero que advertimos fue el olor. Mientras que la barrica inicial tenía un aroma terapéutico, embriagador y amaderado, esta desprendía un tufo penetrante y agrio a aguas residuales. Luego, el color. En lugar del intenso tono ámbar y dorado como el cabello brillante de una joven doncella, este whisky era del color de los excrementos de ganso, una tonalidad verdosa que pronto identificamos porque habíamos pintado el baño de la planta inferior de ese mismo tono después de que su parecido nos hiciera partirnos de risa. La última pista fue el diente humano, un molar, que flotaba en la superficie de la turbia sustancia, en el centro de la piquera.

Nos apresuramos a decantarlo y a abrir la barrica. Incluso sin el líquido, seguía pesando una barbaridad. Dentro había un hombre, con el cráneo aplastado por un lado, el pelo rojo, un enorme reloj de pulsera y un espantoso traje de tartán. Quizá no siempre había sido espantoso, pero ahora lo era, eso estaba claro. Tenía los dedos rígidos, retorcidos en todas direcciones, y el cuerpo doblado por la cintura. Así permanecía, en ese momento, sobre el suelo de la polvorienta bodega.

—Eilidh, cariño, ¿qué diablos...?

Nos había pillado a las dos desnudas, literalmente, y no supe qué contestar, por lo que me agaché para examinar al hombre de cerca. Morag me sujetó la mano antes de que pudiera apartarle el pelo húmedo de los ojos.

—No, cariño, te aseguro que no quieres tocarlo.

Después de tanto tiempo juntas, a pesar de que tenía una expresión inescrutable, supuse lo que se le pasaba por la cabeza, que ambas nos estábamos dejando llevar por la misma ola de emociones mientras observábamos, embelesadas y asqueadas, la imagen que teníamos ante nosotras, de la que no podíamos apartar la mirada. No creo que ninguna de las dos supiera cómo sentirse.

No había duda de que lo habían asesinado y escondido allí, y de que tenía una pinta lamentable. Tampoco había duda de que suponía un terrible problema para dos mujeres que habían invertido todos sus ahorros, se habían endeudado hasta las cejas y tenían a un grupo de *fans* del whisky rabiosos, exigiendo saber cómo se estaban gastando sus donaciones en esta destilería en ruinas.

Pasados unos minutos, me acarició la cabeza y dijo con firmeza:

—Muy bien, pongámonos la ropa. Ve a por tus medicinas mientras yo preparo café en la cafetera grande. Vamos a examinar todas las barricas que podamos esta noche. No queremos ninguna sorpresa desagradable cuando aparezca la BBC escocesa.

Habíamos estado celebrando la compra de esta vieja destilería con champán y sexo, bautizando aquellos destartados edificios tanto como lo permitía su seguridad. Después, pensamos que sería divertido probar un par de barricas, quizá empezar a hacer cálculos, a sumar los cientos, miles o millones de libras que podríamos conseguir con esos viejos toneles. Habíamos comenzado por los antiguos a propósito, los que llevaban allí desde

principios de los setenta, los que sabíamos que podíamos venderles a ávidos coleccionistas de whisky por cifras desorbitadas con las que pagar los préstamos y conseguir que las reformas y la producción empezaran cuanto antes.

Según nuestros informes, el que contenía el cadáver llevaba madurando desde 1971; al menos, no había ningún registro de que se hubiera tocado desde entonces. Además, las últimas inspecciones confirmaron el año. Hoy en día, se pasa el whisky de una barrica a otra durante su largo período de maduración, por lo que puede contener notas de sabores de distintas maderas y alcoholes, pero esperábamos que algunas de las que habíamos adquirido no se hubieran movido nunca. La destilería, Ardkeran, a un paseo de veinte minutos en paralelo al mar desde Campbeltown, había cerrado sus puertas en 1985 y nadie la había tocado desde entonces. A las destilerías de este tipo se las conoce como «fantasmas», ya que no tienen una producción activa, pero tampoco han cerrado del todo. Tuvimos la suerte de que incluso hubiera algunas barricas. Un whisky de cincuenta años podía venderse por millones de libras, pero uno procedente de una destilería abandonada en Campbeltown, madurada en la misma barrica durante tanto tiempo, no tenía precio.

Ahora, sin embargo, nos habían estropeado la nuestra. Un hombre. No todos los hombres tienen la culpa, pero siempre es culpa de un hombre, ¿verdad? Supongo que no puedo culpar al que estaba dentro, pero sí al que lo había asesinado.

Me tomé una dosis doble de mis medicinas para el TDAH, puse a todo volumen la lista de reproducción *Angry Pop and Riot Grrrls* para que retumbara por las penumbras de la bodega y me remangué las perneras de mi peto de pana. Intenté canalizar un aura de certeza, de resolución, para ocultar el horror y la impresión que me había causado el cadáver. Encontré cuatro bolígrafos de los que le gustan a Morag (sabía que perdería alguno en el proceso), tres lámparas en las habitaciones colindantes, dos

portapapeles y mi única e inigualable taza de grandes dimensiones que se había estado pudriendo en el despacho de la planta superior.

—Muy bien, he traído a *Bruno*, una buena cantidad de cafeína y algo para picar. ¿Empezamos? —propuso Morag al entrar, justo cuando *Bruno* salió corriendo para olfatear emocionado el cuerpo.

Agarré al perro por el collar.

—Quizá deberíamos dejarlo fuera.

—No, ya lleva solo en la caravana un par de horas. Lo tendremos vigilado. Y lejos de... eso.

Solté a nuestro labrador negro, que permaneció a mi lado, apoyado con pesadez sobre las patas, mirando hacia arriba con una enorme boca jadeante mientras agitaba la cola. Suspiré.

—Muy bien, dividámonos por zonas. Así cubriremos el doble de terreno.

Más tarde, me enteré de que Morag había aprovechado la oportunidad de ir a por café y a por nuestro perro para vomitar violentamente. Además, a lo largo de la noche, cada vez que se escabullía unos minutos, asegurando que iba a rellenarse la taza o al baño, era para volver a vomitar. Vi sus ojos llorosos y el enrojecimiento de su cara, pero asumí que se debía al agotamiento y la preocupación. Sin embargo, solo estaba externalizando lo que yo sentía: que nuestro pragmatismo y nuestra manera de priorizarnos por encima de ese hombre estaban mal, que deberíamos haber llamado a la policía enseguida. No obstante, seguimos adelante.

Cuando el exterior se encontró invadido por los rayos del sol que se filtraban por las ventanas, ya habíamos probado todas las barricas. Abrimos las de las bodegas, las cinco de la parte posterior del despacho, las pocas que estaban repartidas tras los equipos de maceración y dentro de las alacenas, e incluso la del exterior, medio enterrada, que servía como testimonio de que,

al parecer, los escoceses habían entendido el proceso de maduración antes que los irlandeses, ocultando el whisky en el suelo para esconderlo de los arancelarios. Había visitado muchas destilerías en ambos países y en todas se contaba la misma historia. Es una manera fácil de burlarse de los hombres, sea cual sea su nacionalidad.

Y entonces apareció otro cuerpo, otro hombre, esta vez mucho más delgado, pero también vestido con un traje de tartán. Igual de espantoso. Ambos se habían conservado en el whisky de malta. No había putrefacción, descomposición ni partes oscuras, solo sangre arremolinada con el licor verdusco, todo bajo un macabro filtro color sepia.

Por suerte, el resto de las barricas solo contenían whisky.

—Bueno, supongo que podemos atraer a los turistas con historias de fantasmas, ¿no?

Morag asintió.

—Es lo que estaba pensando. Imagina la publicidad. Podríamos organizar catas espiritistas de whisky...

Soltamos una carcajada.

—¿De verdad crees que llevan aquí desde los años setenta? —planteó.

—Se le paró ese reloj *chachi piruli* el trece de agosto de 1971, así que vaya si lo creo.

—Fíjate, qué señorita Marple estás hecha. ¿Has vuelto a tocar el cuerpo? —me reprendió.

Le apreté la mano.

—Nada de tocar, solo mirar. Lo juro.

Intercambiamos una mirada, conscientes del tema que teníamos que abordar a continuación. Permití que ella tomara la iniciativa, ya que solía ser la más decidida de nuestro dúo.

—¿Crees...? ¿Deberíamos...? Y ahora ¿qué? —titubeó.

No habíamos hablado de lo que debíamos hacer. En lugar de eso, nos habíamos puesto manos a la obra. Pero yo había estado

dándole vueltas. Si llamábamos a la policía, ¿quién sabía lo que harían? ¿Acordonar la destilería? ¿Parar las reformas y la producción hasta que hubiera «concluido la investigación»? ¿Cuánto tiempo les llevaría?

Era evidente que los pensamientos de Morag habían ido en la misma línea.

—Mira, al fin y al cabo, llevan décadas aquí y nadie los ha echado de menos. A ver, podríamos buscar algo de información en Google, pero...

—El diagrama de Gantt.

—¡El diagrama de Gantt! Exacto. He trabajado muy duro en ese bebé. Tenemos un estricto calendario al que ceñirnos. Mañana vienen los techadores, bueno, hoy en realidad; los que contribuyeron en la recaudación de fondos ya nos están acosando en las redes sociales, en cualquier momento debemos pagar los préstamos... Y están también todas las otras cosas que organicé para que la producción de whisky se reanudara ya. —Morag enunció cada palabra con la fuerza de un ministro, los vestigios de su época en el club de debate.

Para ser sincera, me alegró que ella también quisiera esconderlos. Habíamos trabajado muy duro para sacar aquello adelante y aún nos quedaba un largo camino por recorrer.

—Muy bien, señorita. Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Volver a meterlos en las barricadas, verter sobre ellos el whisky rancio, hacerles una marca y guardarlas al azar entre las demás. —Se quitó las gafas con la montura de un brillante color amarillo y se las limpió de manera minuciosa, usando su gamuza.

Sabía que, en parte, las dos pensábamos que ese descubrimiento era una historia increíble y turbia en el mejor de los sentidos. Aun así, aunque se dice que las mujeres valientes hacen historia, no tenía interés en conocer los problemas que podría causarnos si saliera a la luz que sabíamos lo de los cuerpos. Es

más, estaba a punto de perder los nervios al pensar en el equipo de cámaras que iba a venir para documentar las reformas. ¿Cómo íbamos a esconderles algo así mientras estaban aquí? Lo dije en voz alta y Morag me envolvió en un enorme abrazo. Bruno también se acercó y, de un salto, nos posó las patas en los costados, deseando volver a ser lo bastante pequeño como para que lo aupáramos como hacíamos antes.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Primero, los techadores, que vienen dentro de una hora. Luego, el equipo de televisión. Después, los cadáveres. Ahora, a ordenar todo esto.

Una voz profunda nos llegó de la sala adyacente.

—¿Hola? ¿Hay alguien? ¿Morag? Llevo intentando encontrarte una hora. ¿Hola?

Corrimos hasta el umbral del que procedía la voz y conseguimos detenerlo antes de que entrara en la bodega. No oía lo que decía debido al ruido acelerado de mi cerebro y deseé no tener los ojos como platos. Mientras hablábamos, el tipo se acercó a la puerta, se inclinó e intentó fisgonear en el interior. Era uno de los techadores. Yo no dejaba de lanzar miradas furtivas a mi peto para ver si cualquiera de las manchas podía hacer que sospechara de nuestras actividades nocturnas, o si todas podían pasar desapercibidas como otro lamparón más de la sopa de fideos que habíamos cenado.

De ese modo, los cadáveres permanecieron en la bodega, detrás de nosotras, doblados por la cintura, como habían estado desde que sufrieron el *rigor mortis* hacía más de cincuenta años.

# 2

## TÚ

1971

ADVIERTES LA SANGRE solo después de haber abierto la última barrica. Mancha todo el mazo y se acumula en los volantes de tu camisa.

Los demás llegarán pronto. El sol ya colorea ciertas partes de las baldas y el suelo, y el canto de los pájaros en el exterior se une al coro matutino. Esperas que el aliento se te condense en gélidos penachos o quizá en violentos destellos tras un acto tan frío y oscuro, pero aún es agosto y la brisa marina sigue gozando de una suave calidez.

Primero, te limpias, te deshaces de toda la sangre posible. Luego, agarras puñados de barro, polvo y serrín de cualquier parte, los humedeces y manchas con ellos las barricas. Así, las escondes a plena vista entre sus iguales. Decides que más tarde las tirarás al mar. Seguramente acabarán en la costa de Irlanda, donde dejarán de ser problema tuyo. Ya salió en las noticias esta semana: el ejército británico mató a un sacerdote católico, arrestó a cientos de personas y muchas huyeron de sus hogares. A los irlandeses no les importarán un par de escoceses muertos flotando en sus orillas.

Sin embargo, ahora tienes varios barriles de whisky, pero ni idea de qué hacer con ellos. El tonelero es perezoso y nunca junta más barricas de las necesarias. Aun así, en mitad de la nebulosa,

consecuencia de los asesinatos, has elegido vaciar dos de los barriles llenos y has metido dentro los cadáveres para que compartan el espacio con el whisky recién destilado.

El chasquido de los cuerpos ha sido como el de las bombas al golpear el cemento.

# 3

## Eilidh

2023

¿LAS CÁMARAS CAPTARÁN mi culpabilidad? Siempre se me han dado fatal esos juegos que tanto les gustan a nuestros amigos en los que hay que ir de farol, fingir ser quien no eres. *Mafia, Chameleon, Poker*. Me acusan de mentirosa y de culpable incluso cuando no lo soy. Es por mi cara. Me pongo nerviosa por la persona que está en apuros y se me nota.

Incluso mientras esperaba a que el cámara de la BBC montara el equipo, no dejé de enrollar y desenrollar el dobladillo de mi jersey beis. Morag lo había elegido de entre su selecto armario estilo *dark academy* lleno de marrones y grises para que pareciera lo más creíble posible y atrajera al público, como si yo supiera qué quiere decir con eso.

Aunque, en realidad, sí que lo sabía. Llevo escribiendo sobre whisky mucho tiempo. Comencé en la universidad, con diecinueve años, cuando aún fingía que era hetero, ante mí y ante los que me rodeaban. Mis fotografías de esa época, con un falso bronceado, el rictus sonriente y gruesas mechas rubias, hacen que me estremezca.

Había acabado en un nuevo pub de la ciudad, en Stirling. Se suponía que estaba en la biblioteca escribiendo un ensayo (por ese entonces, me costaba hacerlo en casa), pero el local se encontraba justo en la siguiente parada del autobús que estaba

esperando y que llegaba con retraso. Con letras pintadas a mano, se afirmaba que el bar ofrecía más de cien tipos de whisky y ron. La idea de gastarme las cinco libras que llevaba en el bolsillo en uno de ellos me pareció mucho más atractiva que usarlas para pagar el autobús y pasarme la tarde sentada en la biblioteca.

Era la una de la madrugada. El pub ya estaba lleno. Todo hombres. Reconocí a un par de ellos cuyo territorio habitual se encontraba al principio de la calle, pero esta era una ocasión especial. Un nuevo lugar en el que descansar sus huesos, tener una conexión humana real más allá del televisor. Para los que tenían esposas, era un lugar cálido en el que esconderse de ellas durante unas horas.

La barman y propietaria era una mujer bajita que usaba un taburete para conseguir la altura necesaria con la que observar la única estancia que tenía su local. Deseosa de complacer a los demás, rápidamente advertí que le encantaban las mujeres que supieran sobre whisky, aunque más tarde descubrí que no toleraba a las borrachas.

Ese día entré en el bar con firmeza, abriéndome paso entre los hombres allí reunidos. Olían a gomina y tabaco de liar. Como mi abuelo. Sin embargo, en cuanto llegué a la barra, desconecté. Un arco de roble presidía la pared y rodeaba las decenas de baldas de cristal con botellas multicolores, llenas de líquidos marrones, naranjas y amarillos.

—Un... whisky, por favor.

El hombre sentado a mi lado, que ya había estado observando a la joven que había invadido su espacio, comenzó a reírse a carcajadas. Winnie me salvó.

—Claro. Te va a gustar nuestro especial del mes. Un Springbank de diez años. A estos no les hagas caso; en realidad, no son tan malos, y saben que deberían esforzarse más en darle la bienvenida a los nuevos. —Más tarde me contaría que conocía a muchos de ellos de su época en la barra de otro local de la ciudad.

Los hombres arrastraron los pies para darme más espacio en la barra, pero, al parecer, pedir una Pepsi con la bebida fue ir demasiado lejos y bufaron al unísono.

—Vale, tienes tres opciones. Puedes pedir un whisky solo, como lo llaman. Tal cual está, ¿entiendes? También puedes añadirle una pizca de agua. —Levantó una pesada jarra de cerámica con la frase: «No seas vago, pide Haig» pintada de un descascarillado color naranja oxidado en la parte frontal. Te lo aseguro, no estaba dispuesta a tomar ni una gota de algo que hubiera estado toda la mañana tan cerca de esos hombres quejicas, irascibles y de brazos peludos—. O puedes tomarlo con hielo. Yo no le echaría más de un cubito si no quieres que te insulten.

—Eh..., solo, por favor.

La lluvia golpeaba las ventanas. La conversación de los hombres se había vuelto un murmullo y solo quedábamos Winnie y yo. En esa media hora, me enseñó más de lo que había aprendido en el primer año de universidad. Cómo oler, saborear y hacer un ritual con una simple bebida. En cierto momento, trajo una pipeta de detrás de la barra y dejó caer exactamente tres gotas de agua. Lo describió como «abrir» el whisky. Mientras el líquido oleoso se agitaba en un huracán en miniatura, vi cómo se abría ante mis ojos, cómo se transformaba en algo nuevo de manera casi imperceptible. Mi profesora de Literatura había pronunciado la palabra «apreciar» con una «s», en lugar de con una «c», y su voz me invadió la mente. ¿Esta es la clase de epifanías que experimentan las personas que otean pájaros o escalan un Munro? *Apresiaaar*.

Volvía cada vez que me ingresaban el dinero de la beca para probar más whiskies. De repente, la biblioteca de la universidad me pareció más atractiva; tenían un montón de libros sobre el whisky y el sector de las bebidas. Empecé a hacer cosas como visitar Crieff solo para ver la destilería escocesa activa más antigua o viajar a Perth para investigar sobre los hermanos Dewar en la sección de Historia Local de la biblioteca. Una vez, incluso

cogí el tortuoso bus de cuatro horas de Glasgow a Campbeltown para probar un Springbank en su lugar de origen.

Y ahora, ahí estaba yo, vestida con un jersey beis que no era mío, en Campbeltown, casi veinte años después, con una preciosa esposa, orgullosa de ser bisexual, a cargo de mi propia destilería de whisky ocupada por un par de cadáveres de hace décadas, mientras alguien me hacía preguntas delante de una cámara para un reportaje de la BBC.

—Eres muy conocida en los círculos escoceses del whisky por tu exitoso blog, *Wisdom in Whisky*, la sabiduría en el whisky, con el que llevas años, y por el libro homónimo, nominado a varios premios. ¿Nos puedes contar más sobre tus inicios? Recuerda incluir esta vez la pregunta en la respuesta.

—Sí, bueno...

—Y mira a la cámara.

—Ja, ja, ja. Por esta razón tengo un blog y no un videoblog.

A Heather, la periodista, no le hizo gracia. Tiré de las mangas del jersey para cubrirme las manos y estiré los brazos hacia delante, desviando la mirada hacia la orilla del agua purpúrea, como si quisiera asimilarlo todo antes de volver a intentarlo.

—Comencé con mi blog, *Wisdom in Whisky*, mientras estaba en la universidad, en Stirling, porque era lo que me obsesionaba en ese momento. Ya lo había intentado con otros; podéis preguntarles a mis antiguos compañeros de piso por mi marea de hilos enmarañados durante mi fase de ganchillo o por la época en la que no salía de mi habitación porque estaba viendo todos los documentales sobre Jonestown.

Heather me dedicó una mirada inexpresiva. Quizá no quería saber nada de eso. Odio cuando el rostro de una persona no deja entrever lo que piensa. No me parece justo porque yo no puedo evitar que se me note lo que me pasa por la cabeza. Proseguí:

—Probé mi primer whisky en un nuevo pub que abrieron en 2005 en Stirling. Me hicieron una cata, una cata privada, y,

después, lo vi desde una nueva perspectiva. Parecía magia. Algo que en principio solo era un líquido marrón, después se convirtió en capas y capas de experiencias sensoriales que merecían atención. Creo que, al aprender sobre la maduración, me enganché.

»Las barricas, los toneles, añaden un toque profundo al líquido. Me encanta que lo que sea que han contenido antes (jerez, *bourbon*, oporto, incluso otro whisky) influya en el nuevo whisky que vertemos en su interior para que madure. No solo eso: las barricas se tuestan para romper la estructura del roble y los azúcares; lo mucho o poco que tuestes la madera también crea sabores diferentes. Algunas personas incluso dicen que el tipo de suelo en el que crecen los árboles afecta al sabor. Los destiladores tienen en cuenta las lluvias de la zona de origen y cómo se secó la madera. Por no hablar del tamaño de la barrica, las veces que se ha utilizado con anterioridad, el tiempo que ha permanecido allí el líquido, los barriles por los que ha pasado entremedias, el clima que hace mientras se madura y el área geográfica en la que reposa; incluso el modo en el que se cortó la madera originariamente puede afectar al producto final por la forma en la que sus vetas entran en contacto con el alcohol. Y ese es solo un elemento del proceso de creación del whisky.

Heather seguía sin inmutarse.

—Bueno, me has preguntado por el blog. En resumen, no asistía a las clases por varias razones y empecé a escribir entradas por diversión, en lugar de los ensayos que me pedían mis profesores. Se suponía que cursaba Estudios Ingleses porque se me daba muy bien, pero, tras uno de los primeros seminarios, el clásico sobre la «muerte del autor», me comenzó a interesar más la filosofía. Si hubiera sido más proactiva, quizá me habría cambiado de carrera y habría terminado con una nota decente, pero...

Se me había olvidado la pregunta. Heather me animó:

—Sí, por favor, hablemos del libro y el blog. ¿Por qué los escribiste? ¿Cómo conseguiste que se fijaran en ti?

—Pensé que sería divertido comparar el whisky con cierto filósofo o su... eh... ¿política? No; escuela de pensamiento. En plan, un Auchentoshan con Noam Chomsky o un Glen Livet con Hannah Arendt. Digamos que cuajó, supongo que era una manera distinta de mirar tanto el whisky como la filosofía. Ese fue el punto de partida, aunque el desarrollo real comenzó cuando pasé de los filósofos a los escritores y los pensadores de cualquier tipo. Entonces, la sección de comentarios empezó a contener ensayos. Fue una locura porque, de repente, me invitaban a eventos. También me llegó la oferta de una editorial. Me dieron un año para que escribiera el libro, pero en realidad la mayor parte del contenido lo redacté durante el último mes. Supongo que fue un tímido éxito, todo el éxito que puede alcanzar un libro que no haya escrito Richard Osman o alguien de ese estilo. Fui más allá del pub en Stirling; asistí a catas y festivales en otras partes del país. Gastaba casi todo el dinero de mi beca en eso. Así conocí también a Morag.

Miré a mi mujer en busca de ayuda, un asentimiento que confirmara que no estaba divagando y que lo que decía tenía sentido. Sin embargo, ella seguía ocupada con los techadores, quienes habían decidido facturar Dios sabe cuánto solo por echarles un vistazo a los edificios antes incluso de comenzar a trabajar. Hice una pausa y estudié a la entrevistadora.

Heather era un poco más joven que nosotras, alguien que parecía haberse saltado los años de incomodidad e inseguridad de la juventud para caer directa en la fase confiada en la que no se sonríe a nadie. Morag la conoció bastante bien en su época de reportera y me había dicho muchas veces que era encantadora y que no leyera entre las líneas de sus severas expresiones faciales.

—Gracias, Eilidh. Creo que, por hoy, ya tenemos todo lo que podemos grabar aquí fuera. Es bastante deprimente.

Y que lo dijera precisamente ella...

—¿Y si grabamos algunos planos del interior, de todas las barricas de la bodega? —continuó—. Aún no tenéis mucho que enseñar a las cámaras. Tal vez podamos buscar una en la que se indique un año significativo e histórico. ¿Qué te parece?

Ayer por la mañana, cuando el techador llegó antes de tiempo, todo diligente y consciente de lo terrible que era la ventosa y serpenteante carretera desde Tarbet hasta Campbeltown, aún no habíamos escondido los cuerpos. Fue *Bruno* quien nos salvó. El enorme, torpe y cariñoso *Bruno*. Echó a correr y saltó sobre el hombre con tal fuerza que cayó de espaldas. Nuestro perro está bastante bien domesticado, pero a veces se emociona. Además, no había dormido demasiado. Igual que nosotras. Morag se llevó al techador, Rodney, lejos de la bodega para que se recuperara con una taza de té. Así, dependía de mí volver a meter los cuerpos en las barricas que les servían de ataúd, reemplazar el líquido pestilente y quitar de en medio los toneles.

Digamos que no le había contado todavía a Morag que mi esfuerzo no había dado demasiados resultados.